

# Aspectos de Economía monetaria y financiera en los países latinoamericanos en desarrollo

por

CARLOS GUARALDI

---

Agradeciendo el honor que se me brinda en esta ocasión, quiero subrayar la satisfacción personal, acompañada con la responsabilidad de disertar en un ámbito tan calificado, sobre algunos temas relacionados con el proceso del desarrollo económico, que caracteriza a los países del continente latinoamericano, y de modo especial sobre algunos aspectos de economía monetaria y financiera.

En la referencia de mayor relieve que tendré que hacer a la situación de la Argentina se debe ver, además de un homenaje justo al país, que me hospeda y una prueba de la atención especial, que resulta dirigida a su economía por trabajar en ella tantas energías humanas, procedentes de Italia, la intención de detener el examen sobre un caso típico de notables potencialidades económicas que, aún habiendo llegado en definitiva a librar a este país del círculo vicioso del sub-desarrollo, todavía no logran soltarlo del todo del apretón que de hecho lo une a otros países del subcontinente, retardando el crecimiento progresivo y equilibrado.

Debo dejar sentado, además, que las consideraciones que siguen no son fruto, por cierto, del punto de vista de un experto en problemas latinoamericanos, sino de un banquero que, día tras día, trabaja en un ambiente económico y social completamente diferente. Esto excluye cualquier presunción de aconsejar fórmulas que resuelvan los problemas que se discuten, pues sonarían de todos modos demasiado simplistas y, por lo tanto, sin contenidos reales. Sin embargo, se podrán aducir comparaciones interesantes que sirvan para mejorar el conocimiento de los fenómenos y para ahuyentar cualquier

\* El doctor Carlos Guaraldi, director general del Instituto Bancario de San Paolo, de Turín, pronunció esta conferencia, en el "Auditorium" de la Universidad del Salvador, el día 27 de agosto de 1969.

tipo de prejuicios perjudiciales, que demasiado a menudo levantan barreras entre los países, restringiendo artificiosamente las áreas operacionales.

Pero en el origen de tan respetuosa actitud está también la convicción personal y arraigada que el continente latino-americano, empeñado en una dialéctica ideológica con la cultura occidental —de la que puede ser considerado una expresión “crítica”— es desde hace tiempo protagonista de un caso político-social y económico completamente original y que merece, por lo tanto, una comprensión real más que un juicio apresurado.

Analizando los problemas de América Latina no se puede, en efecto, prescindir de este nuevo modo de afrontar la realidad en que se manifiesta la exigencia de originalidad propia de la cultura de estos países, exigencia que se ha determinado en el contacto con la cultura occidental, por reacción a la difusión forzosa que se verificó en el pasado, en el momento de penetración por parte de las naciones europeas.

En efecto, el filósofo argentino Juan Bautista Alberdi observó sobre esto cómo *“cada país, cada época y cada escuela han dado soluciones diferentes a los problemas del espíritu humano”* y que *“originalidad significa capacidad de seleccionar las múltiples experiencias del espíritu humano para usarlas o rechazarlas, según las necesidades que deben ser enfrentadas y los problemas que deben ser resueltos”*.

En este sentido, los pueblos de América se encuentran indudablemente en una posición aventajada en su obra gigantesca de construcción, porque poseen la conciencia, que falta muchas veces a los europeos, que su experiencia no es la única, porque existen otras culturas de las que pueden sacar cotejos útiles.

La inestabilidad política de los países latino-americanos, que sin embargo es sólo la causa más vistosa del atormentado desarrollo económico del continente, se coloca entonces en la perspectiva especial de un esfuerzo para alcanzar un orden nuevo, frente a problemas completamente originales y lejanos de los experimentados en Europa. Mientras que el proceso de formación de la nación-estado en el viejo continente podía ser considerado como el producto de relaciones sociales entre comunidades empeñadas en organizarse, según instituciones políticas que respondían a determinadas exigencias y finalidades, en América Latina este proceso ha adquirido otras características, resultando aún en formación, debido especialmente a la primitiva adopción de modelos occidentales, la que hizo que la legitimidad de las instituciones fuera sentida como “garantía” dada del exterior, o sea concedida por aquellos gobiernos que, cada vez, eran llamados a reconocerlas con actos formales.

Se recuerda, además, que, a partir de la última mitad del siglo XIX, la vida política latino-americana se caracterizó por una estrecha interdependencia entre las políticas nacionales y la economía internacional: por una parte la expansión del comercio permitía, en efecto, que los países de este continente elevaran sus niveles de vida, sin llegar a crear, sin embargo, economías modernas nacionales; por otra parte, el sistema del latifundio y el sistema adoptado para la explotación minera obligaban al desarrollo de la industria a permanecer subordinado a los de la agricultura y de la actividad

minera, mientras que los programas de política económica se orientaban para favorecer las inversiones del extranjero y a tutelar, de cualquier forma, las compañías extranjeras ocupadas en la explotación del subsuelo y en la implantación imponente de monocultivos de especial interés.

Así, si los lazos que se establecieron entre el estado latino-americano y la economía internacional trajeron, indudablemente, cierto progreso en la región, el "modelo de cambio" creado acusaba notables interrupciones y graves desequilibrios que comprometían a la gran mayoría de la población que permanecía, en efecto, en condiciones de vida atrasadas.

Por consiguiente, los mismos líderes políticos, que habían venido favoreciendo el desarrollo de los países latino-americanos sobre el modelo de las sociedades europeas y norteamericanas, escucharon al fin la necesidad de interpretar el profundo estado de frustración, resentimiento y protesta de las poblaciones, buscando formas originales de organización social y de legitimación del poder, recurriendo, entre otras cosas, a la movilización política de las masas.

De aquí las continuas agitaciones y por ende la inestabilidad política que caracterizan, en menor o mayor medida, a los países de América latina; diferentemente que en otras partes, aquí es la "solaridad" de las instancias que sustrae generalmente los movimientos de protesta a las tribulaciones ideológicas, para convertirlos en una jerarquía de necesidades prácticas.

Resulta, en definitiva, evidente la gran diferencia, que se establece en el campo político, entre las experiencias de los países de occidente y los de este continente.

Sin embargo, a pesar de las diversidades con las que tienden a configurarse los modos de manifestación del poder político, de hecho, es cierto que, en los programas de reforma de casi todos los países latino-americanos, está indicada la exigencia de actuar y perfeccionar los tipos de instituciones y los procesos, que tanta importancia han tenido en el progreso económico del occidente.

En especial asume relieve la afirmación que la productividad está ligada al nivel de la industrialización del continente y que, por lo tanto, se vuelve esencial para estos países que puedan contar, con urgencia, con fuentes de renta diferenciadas.

Por el momento resulta, en efecto, que el conjunto de las exportaciones, que proceden de América latina, se articula sobre pocos productos de base, casi exclusivamente materias primas que deben ser transformadas y, por lo tanto, económicamente enriquecidas de forma notable por los países más industrializados.

La falta de diversificación en las producciones explica la extremada vulnerabilidad de la economía de estos países, que se acompaña con el fenómeno de la disminución del valor relativo de las materias primas en los mercados mundiales, disminución producida por el progreso tecnológico que lleva a los países más industrializados a incrementar los consumos, pero al mismo tiempo a buscar reemplazos y a perfeccionar técnicas siempre nuevas de ahorro de material.

La digresión sobre el origen y las características de las principales dificultades que se refieren a los sistemas políticos y económicos de este continente encuentra, indudablemente, su enganche con el tema de esta conversación, ya que capacita para comprender mejor la naturaleza íntima de los problemas que se encaran para iniciar un progreso económico y social efectivo. En otras palabras, nunca, como en el caso de los países de América latina, resulta más estrecha la interdependencia entre los hechos de la economía y los hechos de la política: por consiguiente, el análisis en un campo no puede prescindir de la observación atenta en el otro.

Pasando a tratar ahora argumentos más específicamente económicos, considero oportuno aún dejar sentado que los países más importantes de América latina, que representan alrededor de los tres cuartos de la población del continente, no pueden ser considerados como áreas subdesarrolladas, sino como formando parte, de hecho, de una especie de "clase media" en el conjunto internacional, encontrándose ya más o menos en una fase de desarrollo potencialmente susceptible de una evolución gradual y conspicua.

En efecto, no hay que olvidar que en muchos países, y especialmente en éste, el sector industrial está ya experimentando un desarrollo excepcional, que lo coloca en los primeros lugares en la formación del rédito nacional.

Esto no significa que no falten rasgos en común con los países subdesarrollados: alto incremento demográfico, rápido proceso de urbanización, problemas de formación del capital, falta de técnicos y de "management", dependencia de los mercados internacionales y, por último, los problemas ya vistos, unidos a la plena participación económica y social y a la estabilidad política.

Pero quizás el aspecto más grave e inexorable que une a las economías de los países en desarrollo se puede ver en el fenómeno de la inflación.

Mientras que en los países industrializados la inflación incide en el movimiento cíclico de la actividad económica, pero debido a su naturaleza circunstancial, en general son suficientes las medidas de política monetaria para un tratamiento satisfactorio, mientras que en los países en desarrollo el fenómeno toma características estructurales y debido a la estrecha inducción de este tipo de inflación con posibles y diversas configuraciones económicas y sociales que determinan las "circunstancias", falta hasta ahora una elaboración rigurosa y sistemática de una teoría de la inflación, que pueda, no sólo dar la explicación de las causas, sino que sugiera también los instrumentos válidos para una política de estabilidad y de desarrollo.

En efecto, si la inflación es de carácter estructural y se quiere vencerla con medidas monetarias, los resultados serán muy contradictorios, porque resulta casi imposible volver a traer, por este camino, el equilibrio entre las exigencias de eficiencia económica y la demanda de bienestar social en evolución continua, bajo el empuje del progreso tecnológico que lleva a un aumento de la productividad del capital y no solo, sino también junto con las aspiraciones de las poblaciones y la movilidad social. En otras palabras, queriendo disponer de una base aceptable de estabilidad, es necesario que la eficiencia económica, alcanzada por el sistema, sea compatible con el bienestar social existente.

Es justamente sintomático el caso de la Argentina. Su economía tuvo un fuerte impulso a principios del siglo XX, como consecuencia del programa progresista de modernización y de las considerables inversiones sociales que se habían iniciado hacia el final del siglo anterior.

Esta situación duró, con ritmo decreciente, hasta el principio de los años cincuenta, cuando, a un decidido movimiento social, no siguió un aumento análogo en la eficiencia del sector productivo, a pesar de las condiciones muy favorables de las reservas monetarias que indudablemente habrían podido sostener un amplio y equilibrado proceso de desarrollo económico del país.

La merma de la eficiencia económica y el aumento de la burocracia determinaron la formación de un progresivo déficit de tipo estructural al que se trató de encarar, sobre todo con la emisión monetaria y con préstamos bancarios.

Por lo tanto, de la pretensión a oponerse a tal proceso de inflación estructural exclusivamente con una política monetaria, no podía resultar sino una grave depresión económica, complicada además por una inflación creciente.

Durante los años pasados, sin embargo, no han faltado señales de mejora: lo demostrarían los buenos resultados del cambio de tendencia que se manifestó, sobre todo, a nivel de análisis del fenómeno y de individuación de nuevas terapias de intervención.

El reciente cambio de dirección indica una decidida reanudación de la lucha contra la inflación, que esta vez viene encarada con propósitos más claros, o sea con la conciencia de que la inflación de tipo estructural, se para sólo obrando sobre la eficiencia del sistema económico, para evitar que todo se resuelva a expensas del bienestar social, o sea con daño de la mayor parte de las categorías trabajadoras y, por lo tanto, con el surgimiento de tensiones también graves.

Creo, sin embargo, que es de especial interés detenerme en las características de este cambio, que justamente ha sido definido el "milagro argentino". Este encuentra su claro fundamento en la ausencia de cualquier improvisación: una exacta teorización del sistema de las intervenciones, que se iniciarían, resultaba, en efecto, expuesta en el "Programa de acción para el año 1967", elaborado por el Gobierno en base a la presuposición que la estabilidad monetaria era el objetivo por alcanzar, juntamente con y en armonía con el objetivo del desarrollo económico y de una mayor justicia social.

La novedad hay que buscarla justamente en la simultaneidad y en la articulación de las intervenciones previstas, cuya estrategia ponía en evidencia un análisis profundizado de la situación de partida, con sus problemas de receso y de inflación de largo período, sobre los que periódicamente habían venido a unirse oscilaciones cíclicas de la actividad económica. En la base del agotamiento progresivo de las capacidades productivas del país estaba el volumen reducido de las inversiones y las relaciones innaturales establecidas en el intercambio con el extranjero, causa y efecto, al mismo tiempo, del desorden creado en el sector monetario y financiero.



Esto sucedía a continuación del creciente déficit en las finanzas del Estado, provocado por el aumento desproporcionado del gasto, requerido por la excesiva estructura burocrática existente, y por la baja, al mismo tiempo, de las entradas fiscales. Las inversiones encontraban obstáculos insuperables en el alto costo, pero sobre todo en el enrarecimiento del crédito bancario, linfa vital para cualquier proceso sano de desarrollo económico. La carrera entre los precios y los costos originaba fases de euforia, a las que inmediatamente correspondían reacciones de signo contrario, con desviaciones profundas en las relaciones productivas y alejamiento del mercado, por parte de las empresas no especulativas.

Periódicas desvalorizaciones monetarias, en fin, originaban obviamente desconfianza en el extranjero, impidiendo la llegada de bienes-capital y, aún más, de medios financieros, de los que el país iba manifestando, en cambio, una necesidad especial por el estado de persistente crisis de la balanza de los pagos.

Frente a una situación tan crítica, las intervenciones sólo podían ser drásticas y sobre todo garantizadas por un poder político, capaz de imponer un freno a la espiral precios-salarios, para realizar una mayor cobranza fiscal y reducir el gasto público no dirigido a inversiones productivas.

¿Cuál es, en definitiva, la estrategia adoptada por los responsables de la política económica en Argentina?

En primer lugar, se debe mencionar la tentativa de realizar una política de réditos, o sea *"equilibrar cada aumento de retribución con las posibilidades globales del país y con las exigencias de cada categoría"*.

No he dicho "tentativa" por casualidad, ya que el objeto y las modalidades de tal política constituyen, al presente, un motivo de amplio debate aún en los países de nivel de desarrollo económico más elevado, siendo preconizado aún ahora —en base a las experiencias concretas de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia— su posibilidad de realización y su eficacia. Tal política debería evitar al país interesado la dramática elección entre la inflación y la desocupación, encontrándose en presencia de aumentos continuos en los costos de los factores productivos. En otras palabras, debería eliminar la alternativa entre el aumento de los precios —si el sistema resulta alimentado con la cantidad de moneda necesaria para sostener el aumento de los costos—, y la baja de la producción y de las inversiones (con la consiguiente desocupación), inevitable cuando el sistema sea "estrangulado" con restricciones en la calidad de la moneda, por otra parte necesarias cuando el aumento de los precios no resulte ya más tolerado por el sistema.

Es una opinión difundida que una política de tal naturaleza, si tiene poderes especiales de coacción y de control, puede servir para contener los empujes de la inflación, aunque no sea seguro que su aplicación, por sí sola, se mantenga eficaz más allá de un breve período, ya que, a la larga, estaría acechada por instancias inevitables de orden político, social y económico.

De todos modos, queda comprobado que, en el caso de la Argentina, la gravedad de la situación preexistente, la solidez del Gobierno y el clima

de recíproca colaboración, instaurado entre las distintas categorías productivas, han facilitado la experimentación positiva de la política de los réditos en función anti-inflacionista.

Claridad de intenciones y eficacia de acción ha presentado, además, la política iniciada para volver a dar funcionalidad y vigor al sistema monetario y crediticio del país. El problema no fácil de conservar el justo equilibrio, a la base monetaria, para asegurar al sistema suficiente líquidos sin crear tensiones, a pesar de ésto, en el sector de los precios, ha demandado indudablemente, una pericia no común por la complejidad y la delicadeza del mecanismo que hay que regular: los benéficos resultados que han brotado, han hecho que el costo del dinero volviera a niveles casi normales y se recreara de nuevo ahorro interno que se destinaría al repunte de la producción.

En este cuadro hay que subrayar la especial atención, reservada al restablecimiento de las funciones naturales del sistema bancario, al que ha sido reconocida la responsabilidad en la gestión de los recursos financieros del país, con mayor discreción con el fin de hacer llegar el crédito bancario, al menor costo posible, a todas las iniciativas que puedan asegurar la mayor suma de efectos secundarios sobre el desarrollo de la actividad de la producción en su conjunto.

Junto con las intervenciones, arriba mencionadas, hay otras que tienen un relieve especial.

Me refiero a la reforma fiscal y al saneamiento del balance del Estado, además de la decisión de realizaciones concretas en el sector de las infraestructuras de base, que ha permanecido por demasiado tiempo descuidado.

La eficacia de las disposiciones iniciadas, pero sobre todo el clima de confianza, que las normas de política económica, expuestas por el Gobierno argentino, han sabido volver a crear en el interior del país y en el extranjero, no podían dejar de orientar positivamente también las relaciones con los otros países y por lo tanto favorecer aquella colaboración internacional, sobre todo en el campo financiero, que se ha demostrado tan importante para facilitar el re-equilibrio de los balances de los pagos de muchos Estados. Se ha tratado, también en este caso, de un claro cambio de dirección, bajo la insignia de una mayor liberalización de los intercambios, realizada mediante profundas enmiendas en el sistema de los aranceles de aduana y de los contingentes, de la búsqueda de capitales extranjeros, dispuestos a ser invertidos en el país, del amplio recurso a las instituciones internacionales de naturaleza económica, como el Fondo Monetario, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial, además de organismos bancarios nacionales e internacionales.

Son conocidas las inter-relaciones, existentes entre el desarrollo de un sistema económico dado, y la marcha equilibrada de sus relaciones con el "resto del mundo". Por otra parte, en base a la experiencia italiana de los últimos veinte años, me es fácil también afirmar que ya no se concibe más el aislamiento económico, por parte de países que piensan alcanzar o mantener standards elevados de desarrollo. Vale la pena, por lo tanto, aludir a la problemática, que liga el ampliamento de las relaciones comerciales y la

valorización de la cooperación internacional con el desarrollo económico y, en especial, con el desarrollo de los países, como la Argentina, que se muestran ansiosos por iniciar, al fin, el levantamiento de su economía.

En efecto, pese a tantas dificultades de tipo institucional, económico y político, que aún se interponen, creo que es posible entrever en el horizonte internacional una voluntad nueva de colaboración y de acercamiento: son aspectos fundamentales de la misma, la realización de áreas de libre intercambio, la estipulación de acuerdos arancelarios, la convocación periódica de "conferencias" mundiales sobre los problemas del desarrollo y la consiguiente institucionalización de organismos permanentes de estudio.

Sin embargo, resulta una condición perjudicial para cualquier forma de colaboración internacional el hecho de producirse un esfuerzo decisivo en el interior mismo de cada país en desarrollo, para establecer antes que nada, la estrategia de la acción, además de los objetivos por seguir en el breve y en el largo período.

En este sentido el realismo y la decisión, demostrados por la Argentina al formular y actuar su programa económico, y la consiguiente respuesta inmediata, en términos de cooperación comercial y financiera del "resto del mundo", constituyen un ejemplo elocuente y un modelo de gran importancia.

Hay que notar, de todos modos, que, ya que el desarrollo acelerado necesita fuertes inversiones y correlativamente disponibilidades notables de capital, una colaboración efectiva en este campo demanda también que sea facilitado, en todo sentido, a los países interesados el acceso al mercado internacional de los capitales y que sean considerablemente aumentados los fondos en los organismos internacionales, que se destinan a la creación de las infraestructuras en los países en desarrollo, mejorando, además, las condiciones de tasa y de duración.

Como justamente lo indicó el representante argentino en la segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre los problemas del intercambio mundial y del desarrollo, *"es necesario que la filosofía económica y financiera implícita en los acuerdos de Bretton Woods, encuentre una nueva actualidad. En efecto, agotada la tarea de promover el repunte de los países europeos, cuya economía resultaba al final de la guerra gravemente expuesta, por medio de una acción convenida que dio resultados extraordinarios y que aún hoy deja admirados, no hay razón alguna por la que tan valiosa experiencia no se utilice como contributo a la solución de los problemas del subdesarrollo y del desarrollo insuficiente, en que se agitan muchos países"*.

El instrumento operacional ya existe y se ha demostrado plenamente eficiente: el Banco Mundial. Hay que reforzar sus intervenciones y armonizarlas con otras realizadas por organismos que operan en áreas específicas, como el Banco Interamericano de Desarrollo, o también por organismos de iniciativa privada, como ADELA, institución promovida por un grupo de sociedades y bancos europeos, norteamericanos y japoneses, para efectuar inversiones especialmente en los países de América Latina con participaciones, no de control, en iniciativas locales de contenido económico especial.



En esta forma se crean condiciones favorables para la puesta nuevamente en actividad de los procesos de formación del capital en el interior de los países interesados. Además se originan "economías externas", que ejercen un atractivo especial en los inversionistas extranjeros, cuya función debe ser considerada de gran interés por las contribuciones tecnológicas y de gestión avanzada, que generalmente acompañan a los financieros.

La cooperación internacional, sin embargo, no puede agotarse, en las relaciones con los países en desarrollo, con intervenciones exclusivamente dirigidas a proveer medios financieros en condiciones de favor.

El problema real, en efecto, concierne las relaciones de intercambio, que se establecen entre economías a niveles diferentes de industrialización y, por lo tanto, con un potencial económico desigual.

Es necesario, pues, que caigan los obstáculos, que a menudo se interponen en los mercados mundiales, para el ingreso de las materias primas, que nutren especialmente las exportaciones de los países en desarrollo. Así resultará posible enfrentar, a lo menos en parte, el volumen creciente de bienes instrumentales a importar, y cuya necesidad es directamente proporcional a los programas de desarrollo de estos países.

En último análisis, supuesto previo esencial es la realización de una economía mundial abierta, lo más susceptible de una articulación multilateral de los intercambios comerciales, con aranceles aduaneros casi inexistentes, y en todo caso no discriminatorios.

Las dificultades, que objetivamente se encuentran en este camino, han aparecido recientemente durante las trabajosas negociaciones del "Kennedy Round", y éstas han fallado en cuanto respecta, justamente, al tratamiento a dar a las exportaciones de los países menos industrializados.

Las desilusiones que nacen de la ocasión perdida no deben, sin embargo, hacer desistir de las intenciones arriba señaladas. Hay que insistir en el objetivo fijado y, entre tanto, experimentar fórmulas intermedias, como por ejemplo la realización de áreas de libre intercambio, en el interior del continente latinoamericano. Tal integración económica podría constituir una etapa decisiva en el reforzamiento de las economías de los países miembros: ésta, en efecto, comporta el abandono progresivo de los sistemas de concesión de subsidios a las iniciativas marginales y el correspondiente estímulo benéfico, determinado por las leyes de mercado sobre las empresas, llevadas a obrar en áreas más vastas y empeñadas a alcanzar dimensiones de más competencia.

Es significativo el ejemplo del Mercado Común Europeo, cuya realización, si bien lenta y obstaculizada, tiene indudablemente el mérito de haber iniciado una benéfica reestructuración de muchos sectores productivos.

Italia también ha contribuido, en forma decisiva, a fomentar tal política de integración de los mercados nacionales, poniéndose, más a menudo, a la vanguardia en las iniciativas dirigidas a la liberalización de los intercambios. El desarrollo económico experimentado por mi país, en los últimos veinte años, echa sus bases indudablemente en el continuo cotejo de eficiencia que su sistema productivo está instado a cumplir para estar profundamente introducido en el mercado internacional.

Esta tendencia a abandonar todo tipo de proteciconismo estéril y a cruzar los propios confines nacionales, me parece que es una significativa prueba de la evolución del intercambio ítalo-argentino.

Mientras que, en el pasado, Gran Bretaña tenía la primacía de las adquisiciones de la Argentina, hoy Italia figura como el mayor mercado de salida para los productos de este país.

En el curso del año pasado, se ha importado por casi doscientos millones de dólares, o sea cerca del 15 % de las exportaciones totales de la Argentina: especialmente maíz, carnes frescas, trigo y otros productos agrícolas.

Por su parte, la Argentina absorbe y transporta en sus propios mercados una gran cantidad de productos italianos, casi la mitad del monto total exportado en América latina, que ha alcanzado en el año 1968 un valor de cincuenta millones de dólares, casi completamente en bienes instrumentales, productos intermedios de la siderurgia y productos químico-farmacéuticos, todas mercaderías esenciales para la expansión industrial del país. El intercambio ítalo-argentino, desde 1963, se ha cerrado siempre con un saldo pasivo para Italia y el fenómeno ha ido en una marcha creciente hasta el año 1967, habiéndose, el año pasado, verificado una reducción temporánea en las adquisiciones italianas, en especial de carnes frescas, que los primeros datos disponibles del corriente año revelan, por otra parte, haber repuntado notablemente.

En definitiva: las relaciones comerciales entre Italia y Argentina, que se caracterizan por la máxima comprensión recíproca y las inevitables dificultades operacionales, que las interfieren, encuentran generalmente una solución rápida, por medio de los frecuentes intercambios de misiones económicas, que atestiguan una voluntad efectiva de colaboración.

Al despedirme me es grato recordar y asociarme a un voto expresado, hace ya tiempo, por una personalidad ilustre del país, Arturo Frondizi: *"Al invitar a los amigos italianos a estudiar, cuanto antes, un plan de inversiones, a efectuar en nuestros países y a establecer, por lo tanto, un ejemplo para el resto de Europa, debo recordar que ninguno, como los italianos, tiene una experiencia mejor de los negocios en nuestros países y del profundo afecto con el que nuestros pueblos acogieron siempre a sus emigrantes, a sus técnicos y a sus capitales."*

*"Primero llegaron a nuestros países, para ayudarnos a arar la tierra, a criar el ganado y a extraer nuestros minerales. Hoy vendrán para construir talleres eléctricos y fábricas. De este modo, y sólo así, América latina y todo el sector subdesarrollado del mundo, podrá incorporarse en las corrientes universales del comercio y podrán absorber los capitales y los productos industriales, que Italia y Europa producen en cantidad y calidad, cada día mayor."*

*"No pedimos ayuda para vivir en nuestras actuales condiciones. Pedimos ayuda para transformar nuestras estructuras caducas y convertirnos en potencias industriales. En una palabra, estamos firmemente decididos a entrar en el mundo de la abundancia, de la cultura y del bienestar, que la ciencia del hombre ha inaugurado en esta era de fabulosas conquistas".*